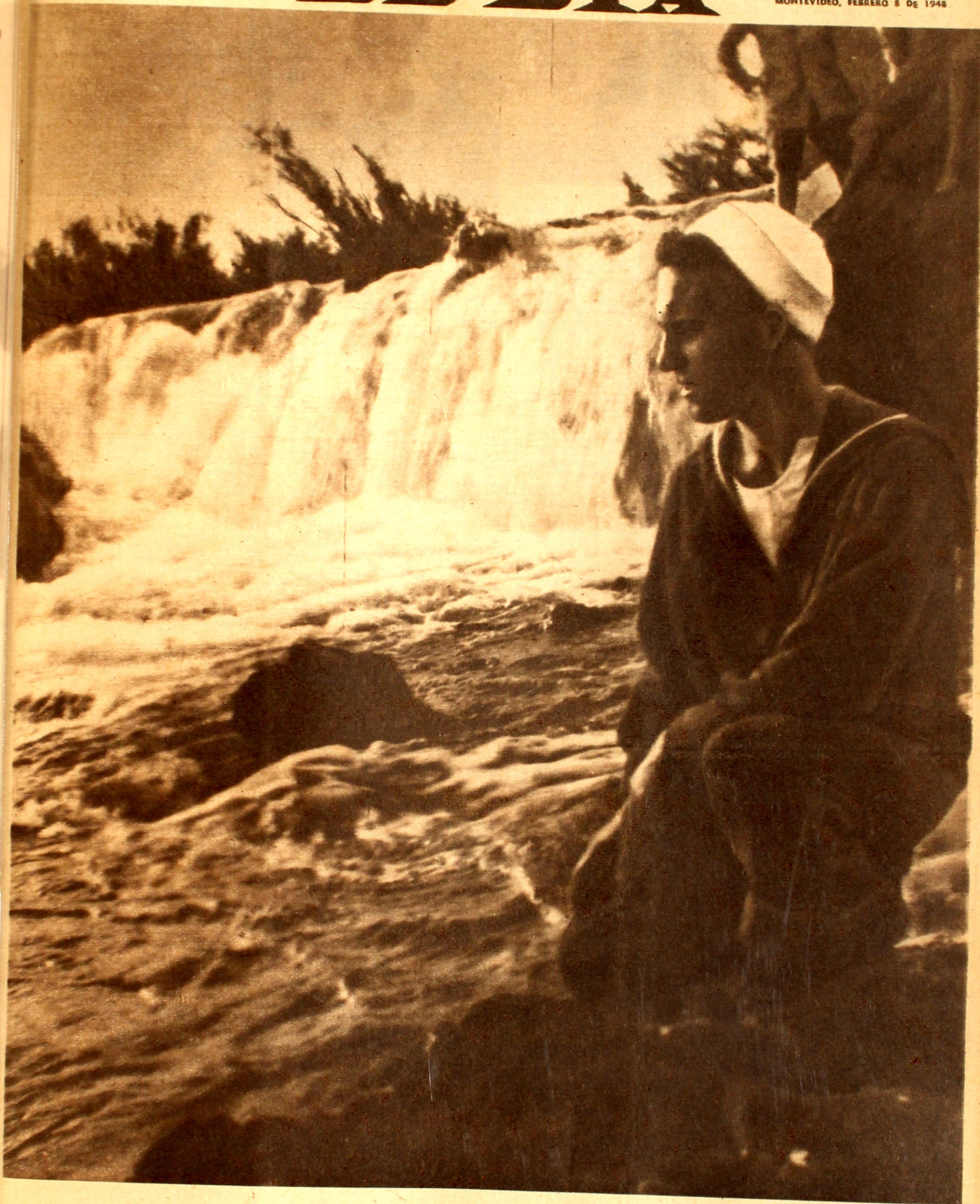
AÑO XVII. — Nº 786

EL DIA

MONTEVIDEO, FEBRERO 8 DE 1948



JORNADAS HISTORICO NAVALES.

Del itinerario histórico naval seguido en los buques de nuestra armada por los reservistas de la marina, terminado en Salto Grande, culminación de paisaje del rio Uruguay.



Nuestro colaborador, don Mauro Bardier Indart, dictando su conferencia del curso histórico naval, en Paysandú, sobre el tema "El puerto artiguista de Purificación". (Foto publicada en "El Telégrafo", de Paysandú).



Ensayo de cortinas de humo que resultaron un éxito técnico.

ITINERARIO HISTORICO, SEGUIDO POR LA RESERVA NAVAL

NO se había hecho hasta hoy. Las tradiciones histórico-navales de nuestro país durmieron cien años en los archivos nacionales y extranjeros. No se había sentido el profundo afecto vocacional que, por traer a la luz del día, a la novela, al libro, a la cátedra y al artículo, hechos ignorados, pero altos y dignos, era necesario poseer para iniciar y llevar a cabo una obra de justicia histórica, sin rédito en lo material, más llena de amplias satisfacciones morales. Encontramos entonces gestos que hablan de sacrificios sin esperanzas, actos de renunciamiento absoluto, momentos de valor y esfuerzo inspirados en las más decantadas virtudes del ciudadano, del patriota o del defensor de una fe democrática y republicana, campañas enteras por los ríos y por los mares de todo el mundo, que parecían condenadas al silencio de los tiempos quizá por falta de público que contemplara y testimoniara su existencia. Sucesos ejemplarizantes que debieron retemplar el ánimo ciudadano de la patria en formación, pasaron a un brumoso, indiferente olvido y aún, tal vez, ni siquiera llegaron al conocimiento de sus contemporáneos, absorbidos por sus preocupaciones internas, por sus urgencias y negocios inmediatos, sin oportunidad de considerar y anotar la valía de aquello que estaba ocurriendo a pocas millas de distancia sobre los ríos y menos todavía de lo que, como noticia más difusa, llegaba a estas convulsonadas costas, desde los más distantes mares.

Las campañas de los barcos ciudadanizados orientales bajo la sombra gloriosa, y bien determinada en todas las latitudes, de la bandera de la diagonal roja, bloqueando años enteros las costas brasileñas, españolas, portuguesas, africanas, dificultando cuando no impidiendo las expediciones peninsulares a las Américas, clausurando el comercio marítimo hispano y liquidando a extremos claramente confesados el lusitano, parecieron durante años y años rumores infundados, relatos de abuelas, gafes de cronistas desprevenidos.

Pero he aquí que apenas iniciado un estudio indagatorio serio y ordenado, comienzan a surgir los rastros, a evidenciarse las pruebas, a completarse las personaliades, a unirse los derroteros, a ensanchrse la perspectiva histórica dando a la figura cada vez más gigantesca del Primer Demócrata de América del Sur, un nuevo nimbo de luz, de grandeza, de sentido internacional a sus desvelos por la causa americana, amplia y única, siempre señera y presente en todo su trascendente actuar de estadista y visionario. Hace más de un siglo, Artigas comprendió y predicó la importancia del mar y el sentido del constante fluir de nuestros grandes ríos y, porque en todo predicaba con el ejemplo, él creó la primera Marina Mercante que tuvo el Estado para acarreo de los ricos frutos de nuestro suelo por estas carreteras flúidas, avenidas fáciles y maravillosamente pintorescas donadas por la naturaleza y, para asegurar el legal y libre usufructo a sus poseedores naturales, creó también la primera marina de guerra verdaderamente uruguaya que luciera sobre las aguas sus clásicos colores. Poco después, vistos los excelentes resultados obtenidos por los patriotas en los ríos, concedió patentes de guerra para efectuarlo en el inmenso Estuario que hoy acaban de recorrer los reservistas, y a poco de esto otorgó patentes de Corso, dictando los reglamentos pertinentes, para hacer la guerra a los enemigos de la República, en todos los mares. Famosos marinos ingleses, franceses, italianos y americanos del norte, muchos de los cuales ya habían obtenido nombradía y honores por la causa de la libertad republicana bajo otras banderas independientes, acudieron a acogerse bajo su bandera porque el que ahora requería sus servicios era "el verdadero representante de la idea democrática en esta parte de América". Así aparecen en el escenario de nuestro mar, *Adan Bond* con su goleta CONSTANCIA, *Henry Levely* con su corbeta CONFEDERACION, *Juan Clarck* con su bergantín FORTUNA, *John Dieter* con su GENERAL ARTIGAS, Miguel Ferreres con su goleta INDEPENDENCIA, *Wilson* con su *JULIA*, el Capitán *José Joaquín de Almeida* con su fragata LUISA, *Juan Chase* con su bergantín REPUBLICANO, *Jaime Barnes* con su bergantín EL TIGRE ORIENTAL, *Pedro Dantan* con su goleta GRAN GAYCURU, Don *Ricardo Moor* con su corbeta GENERAL RIVERA, Juan Handell con su ATREVIDO DEL SUD, el *Comodoro Danells* con su IRRESISTIBLE, el Capitán Henry con su Corbeta VALIENTE y cien más que pueblan de hazañas los océanos y los ríos, desde el año 1816 al 1820, haciendo de las aguas internacionales un lago oriental.

Y apenas apagado el resplandor artiguista surgen los corsarios lavallejistas, con su GENERAL LAVALLEJA, de memorable recuerdo para dos pueblos, iniciando la campaña oriental sobre el mar, campaña que tampoco se ha estudiado en su verdadera importancia para la obtención de nuestra segunda independencia que habrá de ser considerada con nuevo criterio y nueva documentación si se quiere abarcar la verdad histórica de nuestras luchas.

Y luego, durante la Guerra Grande aparecen defendiendo nuestra fe independiente, Coe, Garibaldi y otros.

No tenemos la más mínima intención de disminuir la gloria de todos aquellos que sirvieron la causa de la independencia o de la República, porque esa sola virtud es suficiente para disimular detalles. Pero no deja de ser interesante considerar la importancia relativa, por ejemplo, entre el acto de Culta iniciando el sitio, conocido hasta por los escolares, y la acción del Comodoro Juan Danells, bloqueando las costas hispanas y favoreciendo, cuando no provocando el estallido de la revolución del Batallón de Asturias, comandado por don Rafael del Riego, que integraba las tropas que a las órdenes del General Murillo habría de zarpar en 1820 para restablecer el dominio español en América.

El bloqueo artiguista, en el que coadyuvaban corsarios, porteños y venezolanos, copando naves mercantes y de guerra a lo largo de todas las costas, apresuró el desánimo de las tropas españolas y cooperó eficazmente al estallido del movimiento revolucionario español. Este hecho, pese a su importancia, es casi absolutamente ignorado en nuestro país, siendo sin embargo señalado por historiadores norteamericanos que se han ocupado de nuestra historia naval.

Es sí, con innumerables ejemplos, que podríamos probar el sentido fundamental que tiene la historia naval uruguaya en nuestros destinos de nación independiente y la necesidad imperiosa que existe de implantar su estudio, principalmente en nuestras instituciones marineras como principio, y luego en todos los centros de cultura histórica como generalización y difusión.

Es por ello que comprendiendo la trascendencia de la idea, nos prestamos espontáneamente a organizar bajo la denominación de JORNADAS HISTORICO-NAVALES, la parte de cultura histórica naval de este primer viaje de instrucción de los reservistas concretando un programa de charlas y conferencias que, abarcando distintos períodos de nuestra historia marinera dieran una idea de conjunto de la importancia que las acciones guerreras del mar tenían en la formación y en la consolidación de la nacionalidad oriental, mostrando al mismo tiempo algunos hechos concretos, algunas personalidades que surgen fuertes y distintas y algunos factores que subsisten con igual o acrecida fuerza, favorable o contraria, y que deben estudiarse según su origen y proceso evolutivo para comprender la verdad del presente que nos envuelve y que, por ello mismo, nos quita perspectiva.

La historia de nuestros puertos, de nuestros ríos, de nuestros canales, de las islas, tierras y aguas jurisdiccionales no debe ser descuidada por los uruguayos. Ellos forman parte de nuestra patria tan efectivamente como nuestros pagos mediterráneos y sus tradiciones deben permanecer hermanadas en nuestra memoria y en nuestro respeto de orientales.

Mauro **BARDIER INDART.**

Enero 1948.



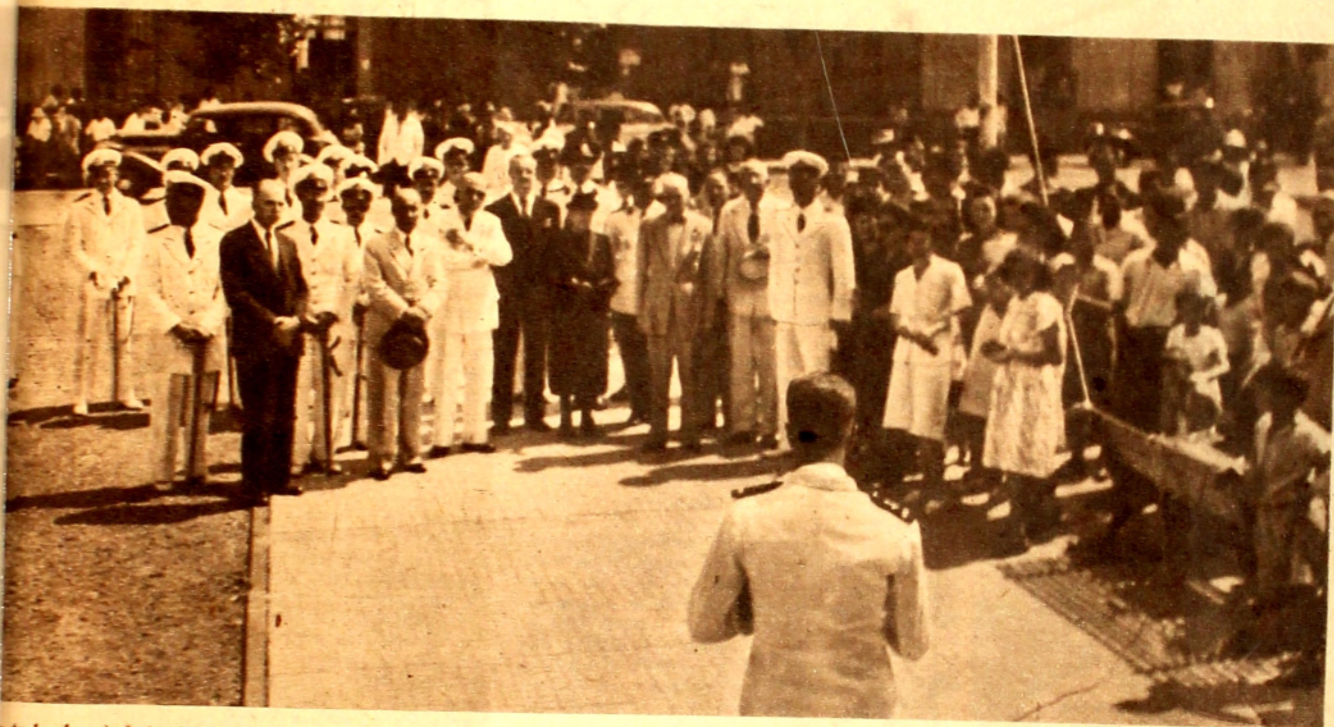
En pleno canal del Infierno, frente a Martín García, el conferenciante relata la historia de la isla desde su descubrimiento hasta hoy y explica el problema de las aguas jurisdiccionales.



Bajo los toldos de las naves "amadrinadas" los reservistas escuchan la historia de Martín García.



...stos ciudadanos, militares y civiles, tienen fe en el porvenir marítimo de la República, y han superado las dificultades y trabajos de este ciclo de adiestramiento marinero y de cultura histórico-naval.



...n todas las ciudades los reservistas exteriorizaron su fervor artiguista. He aquí una nota tomada en Salto donde se advierte la presencia del Intendente del Departamento, don Juan H. Paiva, el Presidente de la Junta Departamental, Sr. Rocha, El Receptor y Prefecto de Puerto, Sr. Delgado, ...Presidenta del Comité Patriótico Femenino, Sra. Dolores Duarte de Ind art, el cónsul arg. Sr. Curubeto Godoy y otras autoridades militares y civiles.



Dotación de reservistas que cumplió sus prácticas, voluntariamente, a bordo del aviso "Huracán".



Virando ceniza a bordo del "Huracán".



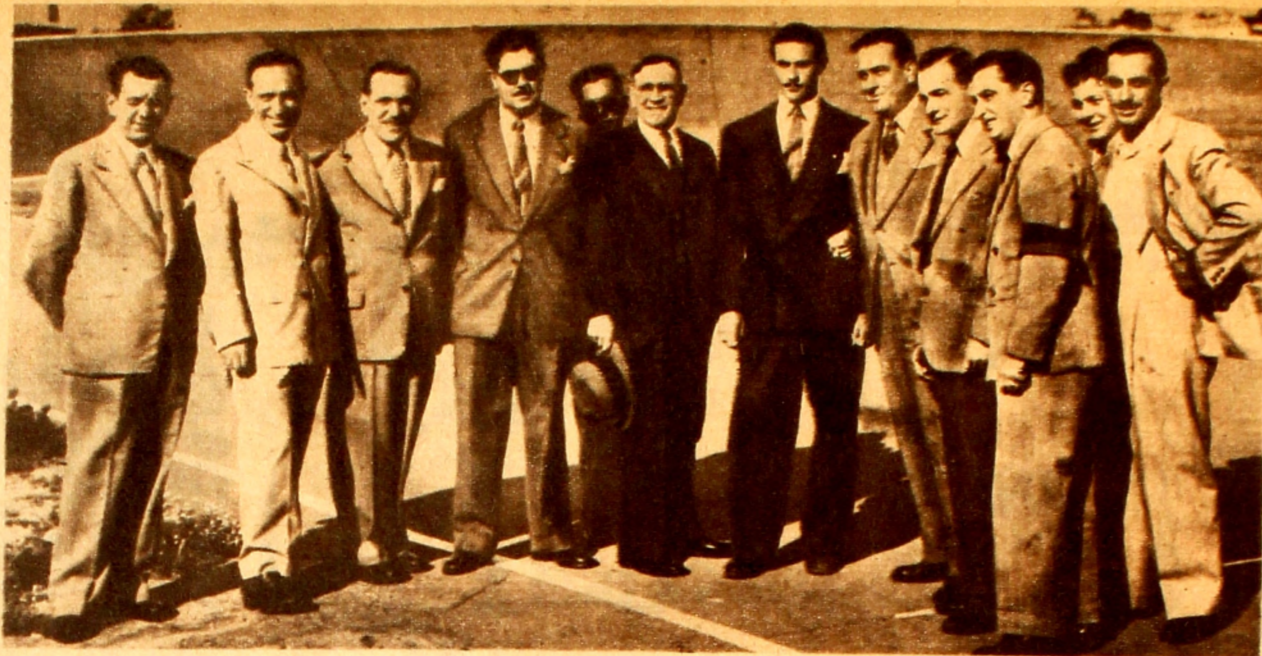
Un coy. Subirse al coy es ya una hazaña. Mantenerse en equilibrio es un arte. Pero dormir en él es algo que sólo lo hace quien puede. La satisfacción de este reservista nos indica que ya ha "domado" su cama.



Baldeo corrido a bordo del "Huracán".



Reservista "cantando" la sonda.



El brillante atleta del C. Stockolmo, Juan J. López Testa, rodeado de dirigentes del ciclismo, entre ellos el Ing. Juan B. Maglia, presidente honorario de Stockolmo, bajó a la pista del Velódromo y recibió también el aplauso y admiración del público.

LA EVOLUCION DE NUESTRO CICLISMO

EN las jornadas jubilosas que vivió el ciclismo uruguayo, erguido en la consideración y aliento de todos los deportistas compatriotas, hay una reminiscencia grata que tiene su pivot, su punto neurálgico en el comienzo de esta agradable actividad muscular.

Fueron aquellas etapas laboriosas de la Rambla Wilson, ausentes aún los chalets coquetones que cambiaron la fisonomía de nuestra hermosa costanera.

Fueron las luchas duras en el Camino Maldonado, polvoriento en su macadam exigente de esfuerzos mayores, cuando el hormigonado no resultaba fácil para el desplazamiento de multiplicaciones elevadas; cuando el grupo de habitués se apretaba afanoso y cálido en su afición, limitado objetivamente por el escaso centenar de adeptos, reunidos domingo a domingo frente al viejo almacén de Cuchilla Grande y Camino Maldonado.

Fueron también las tendidas guapas en el circuito de Carrasco, cuando llegar hasta allá significaba un pedaleo duro por el camino que arrancaba en Pan de Azúcar, poblado de baches y carros bamboleantes de los quinteros laboriosos de la zona, y que ofrecía, en pintoresca sucesión, el viejo almacén de la Virgen, el Horno del Alemán, La Cruz y finalmente el balneario, incipiente aún, todavía con señalados rasgos de pueblecito chacarero...



El presidente de la delegación, Sr. Curti, junto con Augusto H. Tricotti y el delegado Fabbri, con fondo de la Torre Eiffel.

Así comenzó a plasmarse la significación actual del deporte ciclista. Moldeado con la constancia, el tesón, el ánimo, el aliento, que multiplicó aquel puñado de corredores y dirigentes, comprendidos sus afanes, interpretados en el sentir generoso y amplio.

Y surgen a la memoria nombres plenos de afecto y consideración: Sixto Lavin, los hermanos Núñez, Gabriel Magraner, Romualdo Schivo, Héctor Vallarino, Miguel Galmés, Roberto Staricco, Germán Alonso, Pedro Polero, hasta que la proximidad de los acontecimientos ya familiarizan a Juan Peveroni, los hermanos Cerbasi, Alejo Hernández, Luis Losardo, José M. Trueba, Julio Barthaburu, Francisco Robassio, Domingo De Simone, Moisés Ferreyra, hasta arribar a los Francois, Rocca, Tricotti, Tramútolo, De los Santos, etc.

En sucesión rápida transcurren en el recuerdo épocas, periodos progresivos cuya culminación la señaló la construcción del Velódromo, donde la apreciación de aptitudes tuvo el condigno escenario que permitió encumbrar los nombres popularizados en los aficionados.

Las Vueltas al Uruguay, fueron otros tantos episodios de júbilo y donde el público todo, aún el ajeno a la inquietud deportiva, se sintió identificado con el esfuerzo gigantesco de los corredores a través de muchos cientos de kilómetros y llenó calles y avenidas al arribo apoteósico de los campeones del pedal.

En esa trayectoria ascendente se destacaron los esfuerzos meritorios de los dirigentes, y la Federación Ciclista Uruguaya, cuyo punto de arranque, el 5 de setiembre de 1914, con la presidencia de un deportista estimadísimo como don Aurelio Mosera, fué luego modelando actividad plausible y los aficionados tienen siempre un recuerdo afectuoso para los señores Francisco Campoiongo, Carlos J. Rossel, Ing. Juan B. Maglia, etc., como primeras figuras del organismo dirigente, y se hallan ligados justicieramente a su evolución jubilosa.

Ya el horizonte local y aun el sudamericano habían sido rebasados por las performances de nuestros ciclistas y se fijó la meta en Europa, cuna y Meca del ciclismo mundial, y la idea del Dr. Romeo Volonté, concretada en su ponderable ahinco y capacidad, encontró eco generoso de apoyo financiero, marchando Leonel Rocca y Atilio Francois henchidos de esperanzas, a buscar perfeccionamiento en pistas de Suiza, Italia y Francia.

Lucieron gallardos ambos campeones su temple y dinamismo y recogieron ávidos enseñanzas, familiarizándose con los secretos del deporte, puliendo virtudes, limando condiciones naturales en el buril de su lucha con los más afamados astros del universo.

Por eso, en este segundo viaje a París, Francois, Rocca, Tricotti, De los Santos y Tramútolo, ya tenían la referencia aproximada de sus posibilidades y todos cumplieron como cracks en su encuentro con los campeones del viejo mundo.



En el Velódromo, todos los clubes de la Federación rindieron homenaje a la delegación que concurrió a Europa y que presidiera el dirigente Sr. Carlos Ernesto Curi.

Pero aún restaba grabar un nombre uruguayo en la estadística de los mejores, de los auténticos triunfadores en el certamen mundial.

Y Atilio Francois logró esa distinción para el deporte uruguayo. El criollo guapo de Carmelo, que bajara a la metrópoli a agregar laureles de victoria al viejo Veloz Club Uruguayo; que impusiera condiciones en los Sudamericanos de 1946 y 1947; que se transformara en el "amo del camino" allá en Santiago de Chile, dió razón al ansia oriental, batiéndose como bueno entre los mejores.

Tan solo un astro del deporte europeo pudo doblegarlo en la final del Campeonato del Mundo. El campeón italiano Leo Benfenatti, considerado la revelación del ciclismo peninsular, surgido entre cientos de miles de corredores, preparado especialmente por los reputados técnicos de su país a través de muchos meses de entrenamiento, fué el ganador de esa final memorable.

Atilio Francois, el segundo. Intervino en esa lucha de características difíciles, lucha de verdaderos especialistas, casi sin preparación, con tres o cuatro adiestramientos en aquella pista tan disimil a la nuestra.

Pero lo impulsó un corazón criollo, grande, fuerte; el mismo latido que otrora brindara ánimos y alientos formidables a los olímpicos de Colombes y de Amsterdam.

Y de nuevo la bandera listada en celeste y blanco con el sol oriental al tope, recibió la caricia de las auras parisienses.

Y de nuevo el pueblo galo deletreó con unción, con recogimiento, exclamando los miles de espectadores en el Parque de los Príncipes: ¡Uruguay! ¡Uruguay! ¡Uruguay!

OTOES.



La vuelta de los campeones una vez finalizado el Campeonato de Persecución. En primer término Benfenatti, luego Francois y cerrando el trío Andersen.



Atilio Francois y Luis Angel de los Santos, en un alto del entrenamiento en el Parc des Princes, cumplimentando un perrillo mascota del equipo uruguayo.



Ivan Mestrovic ante una talla en madera de mito religioso.

MESTROVIC EXHIBE EN NUEVA YORK

IVAN MESTROVIC, gran escultor yugoeslavo cuyas obras conoció nuestro público, exhibidas creemos en el "hall' de lo que fuera teatro "Cataluña", hace buen número de años, acaba de aparecer en Nueva York donde ha exhibido sus últimos trabajos, que reproducimos en estas páginas.

Durante la guerra, Mestrovic, a quien Rodin describió como "el mayor fenómeno de los escultores", fué arrestado en Yugoeslavia por su declarada simpatía hacia los aliados, habiendo estado amenazado en determinado instante con la "liquidación". Fué el Vaticano el que intervino, (no debe olvidarse que Mestrovic también ha sido descrito como "un místico de vigor, de violencia, majestuosidad, y profundidad. El más grandes escultor de temas religiosos desde el Renacimiento"). Salvado de aquella "liquidación" se refugió en Venecia, más tarde en Roma, y huyó a Suiza donde pudo permanecer trabajando hasta 1946. De allí fué a los Estados Unidos donde ha exhibido, en el Metropolitano de Arte, de Nueva York, la obra que nosotros reproducimos.



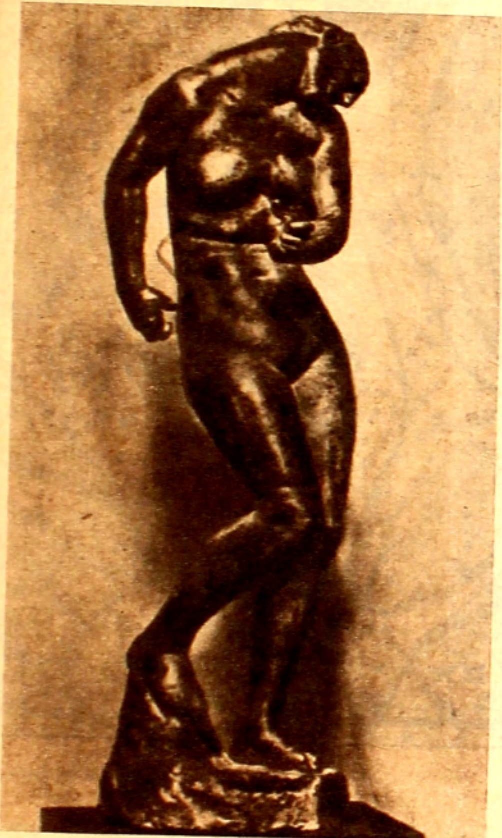
"Desesperación" escultura en piedra.



Busto de mujer, bronce. (Sesenta y cinco ctms. de altura).



"Suplicante". Bronce de 2.50 mts. de alto.



"Atlántida", bronce de tamaño natural.

"Pietá", uno de los últimos trabajos, en mármol de Carrara. Mide mts. 2.65 de alto.



"San Jerónimo", pequeño bronce de 45 centímetros de altura



"Entrando a Jerusalén". Potentes esculturas de un bajo relieve con figuras de tamaño natural.



"Resurrección de Lázaro", talla en madera. Tamaño natural.

Hombre



Signos del Zodiaco. Dibujo de fines del Siglo XV.

CON nuestros ojos solos, o con nuestros ojos ante la lente telescópica, hemos comenzado a recibir el mensaje de los mundos. Es prodigioso ver las imágenes de la tierra, y lo es más todavía contemplar la infinita distancia de la noche, y entre sus sombras, tocar con los nervios la innumerable luz que viene hacia nosotros con la ardiente revelación del universo. Puesto que el hombre ve, nuestra morada no está sola. Tal vez es el planeta mismo el que mira gracias a que nos ha regalado las esferas sensibles de los ojos. En cada uno de sus hijos él realiza el prodigio. Estamos habituados a separarnos excesivamente de nuestro propio mundo. Al crearse nuestra individualidad, soñamos que somos nosotros los que vemos, y que no es la tierra la que se está mirando a sí misma, o contemplando el maravilloso imperio de las estrellas. No nos concebimos más que desligándonos, suponiendo una separación entre nuestra personalidad aislada y la presencia cósmica que nos envuelve y nos contiene en su enorme conjunto. Pero si nos considerásemos nada más que una continuación de nuestro astro, si nos viéramos en el encadenamiento de las creaciones y de las causas, si adquiriésemos el sentido de nuestra profunda dependencia y el contacto de la gran unidad, y aun sondeásemos las raíces que nos anudan a la sustancia terrestre y al universo, tal vez pudiéramos afirmar que no somos islas del ser, desgarradas de la realidad infinita, sino que somos una prolongación del cosmos, mágicas puntas sensibles de la apagada estrella que se realiza a sí misma, en la madurez de su obra, por nuestro intermedio. Formamos parte de una inteligencia universal y única, de la cual no somos otra cosa que una chispa que jamás se liberta del plasma de la creación, y como un órgano de ella, trabaja en una misión extraordinaria, de sensibilidad, de voluntad, de pensamiento, sobre las escalas de un devenir cuyo origen y cuyo vuelo se nos escapan todavía, por no haber extraído del astro todo lo que puede darnos, a causa de nuestro propio desgarramiento, a causa de nuestra aparente separación.

Cuán distinta nos ha parecido la visión cósmica y la del hombre, cuando hemos abatido la espesa muralla de la individualidad, cuando hemos traspuesto los falsos límites de la separación entre la tierra y nuestra vida, cuando hemos pensado en el vuelo de nuestro planeta, junto con sus hermanos celestes, en torno de un sol luminoso, cuyo movimiento incesante está contenido en la rueda de la Galaxia, y cuando por fin hemos imaginado a ésta misma moviéndose en armonía con los inmensos cúmulos estelares que sobrepasan el linde de nuestro universo, archipiélagos remotísimos, para los cuales rigen las mismas leyes de nuestros sistema, y cuyo verbo es esa luz idéntica que emana, simultáneamente, de todos los incendios de la creación. Se dijera que hemos crecido en proporción a las barreras destrozadas y que recién entonces estamos en condiciones de abarcar el vasto drama del ser universal. Pecamos, a veces, por sentirnos demasiado humanos, por sumergirnos egolátricamente en las entrañas de nuestra especie, y pecamos también por demasiado terrestres, considerando a nuestro planeta como un todo que se basta a sí mismo, como a un instrumento aislado, sin conexión alguna con la sinfonía de los mundos y de los espacios donde aquéllos flotan como pensamientos de lo desconocido. Y no obstante, todo es unión, enlace, armonía, interdependencia, en cada sistema astronómico y en el conjunto de todos ellos. Reducimos a lo más el estilo del hombre al estilo de nuestro mundo, porque no nos proyectamos con él al estilo de la creación. La gravitación va desde el átomo a los soles y desde éstos a las nebulosas. Lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, no son más que círculos que giran unos dentro de otros. Millones de millones de curvas van abriéndose y cerrándose, sin fin, y los mismos números que hemos pensado en nuestra frente, se combinan en prodigiosos conjuntos en el profundo cuerpo de la esfinge cósmica. Nada está desprendido. Todo se atrae y todo se rechaza por igual, para ordenarse y para sostenerse en la infinita noche, donde nuestra pequeña luz humana entra al abismo con sus breves medidas y su afinada sensibilidad, y tiende la red de la inteligencia, para que, a medida que pasan los hechos, el tacto afinado de nuestro anhelo capte el deslizamiento del enigma. Estamos sumergidos en la gravitación universal como la luz está sumergida en el espacio, como la sal está disuelta en las entrañas del océano, como nuestras propias ideas están girando en los cielos de la cabeza. Todas las ruedas de fuego que forman el mecanismo inabarcable de la noche, están enlazadas a las ruedas de la vida que mueven el mecanismo circulatorio de nuestra sangre y de nuestros nervios. El músculo ajustado a los huesos, la distribución de nuestro cuerpo, su marcha, su verticalidad, la fuerza que lo sostiene y la fuerza que vence cuando camina y cuando trabaja, toda su arquitectura y todo su dinamismo, están cuajados en la sustancia y en la gravitación. La más remota estrella, lo mismo que la tierra y el sol, contribuye al juego sorprendente de nuestros actos. Nuestro ademán, nuestra respiración, nuestro amor, nuestro fuego, nuestras ideas, el momento de sembrar, el momento de recoger, nada está desprendido de la armonía infinita. La vida entera está inscripta en la gravitación universal, como la montaña está inscripta en el aire que la envuelve, como el planeta



El Polo Austral y las conste

está inscripto en la esfera sublime que ciñe, geométricamente, el enorme peñasco de su cuerpo y de su voluntad. Nuestro pasaje por la vida es nuestro, pero lo es también del cosmos. Nos falta el sentido que manifieste en nuestros nervios el brío tentacular de los mundos. Dependemos del sol y de sus planetas, dependemos de la luna, dependemos de todas las constelaciones y de todos los universos islas, pero a la vez estamos tan adentro de los hechos cósmicos, tan identificados al oleaje de la gravitación, que no percibimos el modo prodigioso como esa fuerza actúa en todos los átomos y en todas las células de nuestro organismo. Mas el pensamiento puede sondear lo que nuestros sentidos no captan. La intuición misma, sagazmente lanzada a las ruedas movibles de la creación, por momentos, para quien anhela la percepción del inmenso drama, penetra en el silencio con que actúan las potencias celestes, y siente como si rozase el deslizamiento prodigioso de las energías, y entonces, hay como una respiración espiritual de nuestra propia psiquis. A veces no nos basta el concepto puro, la idea limpiamente desmaterializada que surge de los ocultos talleres de la lógica. A veces nos complace más la sensación, la emoción, la audacia que nos proyecta, anhelantes, al gran océano, y como por un tacto que sobrepasa al de los nervios, se nos dan la presencia y el toque misterioso de los hechos, de aquellos que por su propia jerarquía y por su titánica grandeza, parecerían superiores a los alcances de nuestro ser. Y es entonces que en nosotros se realiza el hombre cósmico, no ya el que sólo piensa la armonía y la dependencia de nuestra parcialidad en el universo, sino el que la sorbe, la vive, la compenetra en el calor de su verdad y en el relieve de su misterio.

Si nos unimos poderosamente al astro; si sumergimos en el él la raíz vital que nos sustenta, de tal modo que se rompa la discontinuidad entre hombre y tierra; si nos corremos por el tiempo de sus viajes y de la trasmutación de sus entrañas y de sus figuras; si les arrancamos sus secretos a nuestras células; si nos leemos en los minerales del cuerpo y los volvemos a ver circulando por el planeta, y atravesando todas las etapas del fuego, de la roca, del vegetal, del animal, entonces estableceremos la continuidad interior, y nos sentiremos como una fuente viva cuya vena se pierde, insondablemente, en las profundidades de la sustancia. Casi sin salir de nosotros mismos llegaremos al sol, llegaremos a la nebulosa primigenia, llegaremos al vuelo caótico de los átomos, y estaremos en la aurora de todos los génesis, y nos sentiremos venir a nuestro ser actual, desde honduras infinitas de la materia, de la energía y de la eternidad. Es éste un ejercicio titánico que exige por ello mismo la colaboración de una voluntad implacable, dispuesta a rehacer, en vuelos y sondeos inmensos,

Cosmos

ls oscuras memorias de nuestros orí- Al regresar de esos viajes prodigio- s no veremos al hombre como una ción, como una unidad, sino que to- s hombres aparecerán como un órga- ro y único en el cuerpo unánime de rra, como forman un órgano nuestro los poros de la piel. Vista bajo esta ectiva, la humanidad entera no apare- distinta a las capas geológicas, al agua. túnica movible del aire, al tapiz ver- e de las praderas. Cambiarán los ac- as calidades, los destinos dentro de



que lo rodean.

unidad planetaria, pero el hombre ntificado al mundo, colocado entre la ca roca y el aire transparente, será co- una flor de inteligencia, de amor, y de nsibilidad abierta en los límites del árbol ímico de su mundo, una flor cuya savia nana de la madre creadora en la conti- idad de las causas eternas, y cuyo des- o es recibir el beso de la luz para crear su interior el pensamiento con que la rra se piensa a sí misma. Meditemos en ta apasionada emoción. Imaginemos el njunto de todos los hombres elaborando deseo indagador del planeta. Veámoslo éste, no como a una sustancia oscura, si- como a una energía que va conociéndo- más a sí misma, a medida que piensa. r medio de nuestras frentes, su insonda- e destino. Consideremos el encadena- iento de la causalidad, desde el fuego y roca al nervio y la idea. Captemos la rculación de las intenciones que aún no udimos desentrañar. Aceptemos que todo oculto todavía a nuestras percepciones, infinitamente más complejo que la rea- dad que apresamos en las redes de nues- o deseo. Seamos astutos y sagaces, y guardemos las deslumbrantes cacerías de nuestros poderes aun no del todo despiertos. Reflexionemos en el cambio que va desde el fuego puro, hijo exclusivo de los átomos, al fuego pensante, hijo de las temblorosas células. Y no olvidemos que el universo es un viaje misterioso hacia realizaciones insoñables en su vastedad infinita, y que en ese deslizamiento por la eternidad, estalla nuestra vida de relámpago, no para temer, sino para agredir heroicamente las claves herméticas de la esfinge. Hemos circunscrito demasiado nuestras posibilidades, y en general, el hombre, por demás sumergido en su interés de cada día por demás atado al particularismo de su acción o de su ciencia, acaba por no comprender la enorme, la sorprendente condición de estar vivo sobre un astro que lo realiza, que lo emana de sí mismo, que lo alimenta, que le da los ojos, los oídos, el tacto, que le entrega el pensamiento y la intuición, el vuelo, el amor, la tremenda majestad del misterio que lo excita, la capacidad del acto, el sentido del bien, y la sublime ebriedad de la belleza.

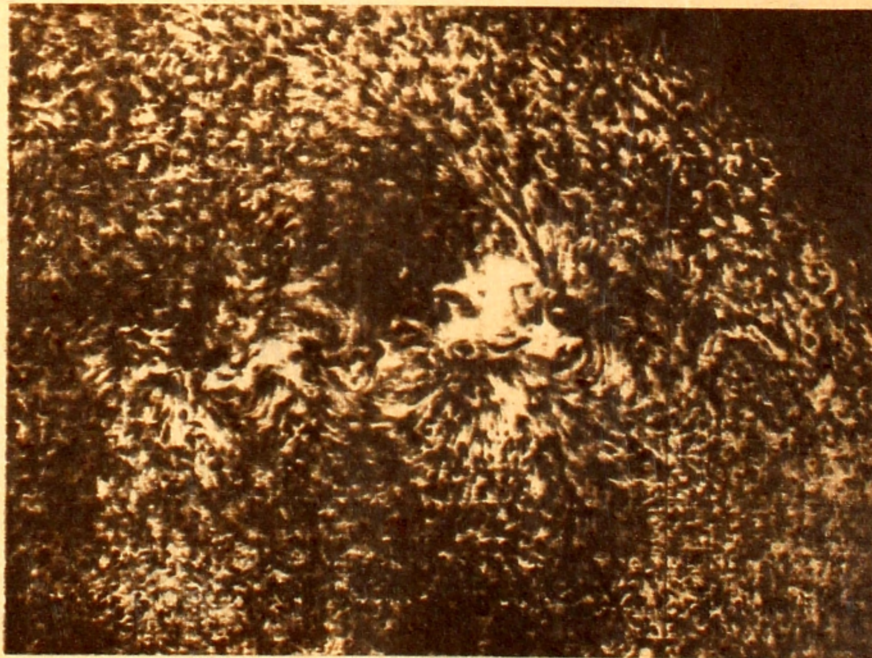
Pero el hombre arraiga hacia abajo y hacia arriba, o mejor aún, arraiga esféricamente, obedeciendo a la disposición de su breve verticalidad que lo convierte a la vez en centro y en eje con relación a todo el ámbito que lo rodea, y a la esfera de las influencias que gravitan sobre el conjunto de su ser. Colocado en la luz y en la atracción, ninguna fuerza, ningún resplandor dejan de incidir en su sustancia y en su espíritu. Aparentemente es una forma cerrada por los límites de su materia y los perfiles de su cuerpo. Pero sus sentidos y su inteligencia lo desprenden de sí mismo y lo dispersan en curvas concéntricas que se van dilatando a medida que crece su conciencia cósmica. Millones de radios punzan su ser, y cuando se tiene la percepción de esas líneas innumerables que lo enlazan al Todo, el hombre puede aventurarse por ellas, ascender y descender, dilatarse y estrecharse, según todos los puntos que lo sitúan en el universo. Y en esa forma va adquiriendo



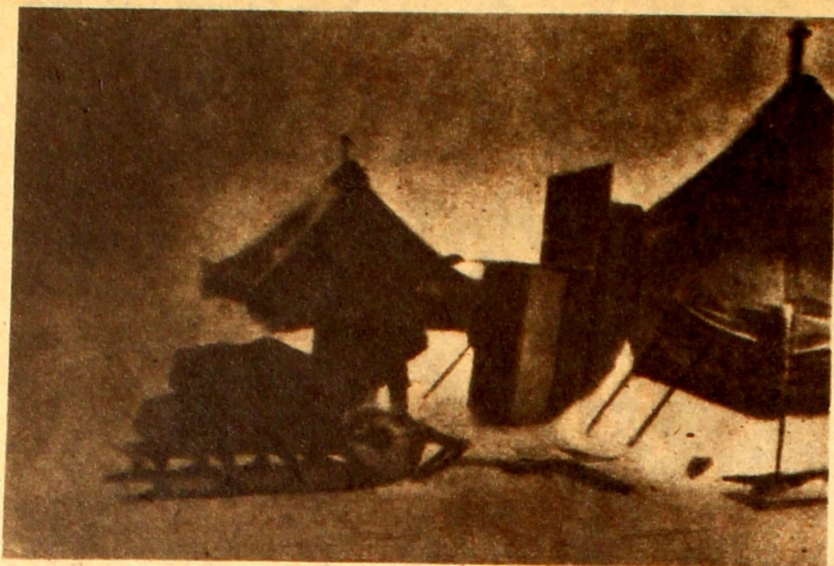
Parte Sur de la Luna en su cuarto menguante.

profundidad y conciencia de su posición, puede ubicarse en el conjunto y establecer enlaces poderosos, a medida que, corriéndose por sus propias raíces, toca espiritualmente la infinita espacialidad y la infinita astralidad. Lo difícil es darle la suficiente vivencia a esa excitación periférica que lo sumerje en el todo, como para que su capacidad receptiva logre la hondura y la sensibilidad necesarias a la captación de sus propias correlaciones con el cosmos, no ya en lo que éste tenga de presencia y realidad corpóreas, sino en lo que ofrece de esencial y revelador con respecto a la actuación de sus leyes universales, y a las potentes ideas en que aparecen inscriptos los hechos todos que se desprenden del acontecer, sobre el plano latiente de la eternidad. Hay una especie de actitud pulsante, de oleaje de la voluntad, que obra en la creación en irradiaciones permanentes, y que emanan a la vez del hombre, en vibraciones que se corresponden con aquéllas. El universo viene hacia el hombre por la potencia de la gravitación y de la luminosidad, y el hombre va hacia el universo por la energía vital y por el desprendimiento del impulso psíquico. Entre ambas corrientes no hay choque, sino un frotamiento que identifica la vida con el todo, y de ese frotamiento surge la conciencia del hombre cósmico, como del carbono y del oxígeno se levanta la alegría del fuego. Cuando se llega a tales extremos de la realización humana, el hombre siente, por momentos, su posición universal, es como tocado por la magia de una ciencia nueva, cuyas experiencias le revelan las claves de una armonía superior que es como el substractum del maravilloso misterio que lo circunda. Y de la compenetración de ambos enigmas surge una luz que va más allá de aquella otra, más tímida y más limitada, sobre la cual trabajan los que no pudieron llegar a las postreras etapas de los problemas del ser.

Carlos SABAT ERCASTY.



El Sol. Fotografía de hidrógeno.

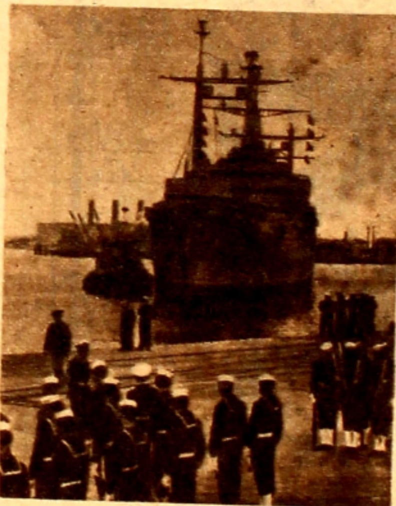


Alcanzados por una tormenta en la base de la Pequeña América. Cuando esta fotografía fué tomada, tres de los hombres del almirante Byrd intentaban trasladar su equipo de una carpa a otra. Cubrieron los 180 metros que los separaba, en tres horas.



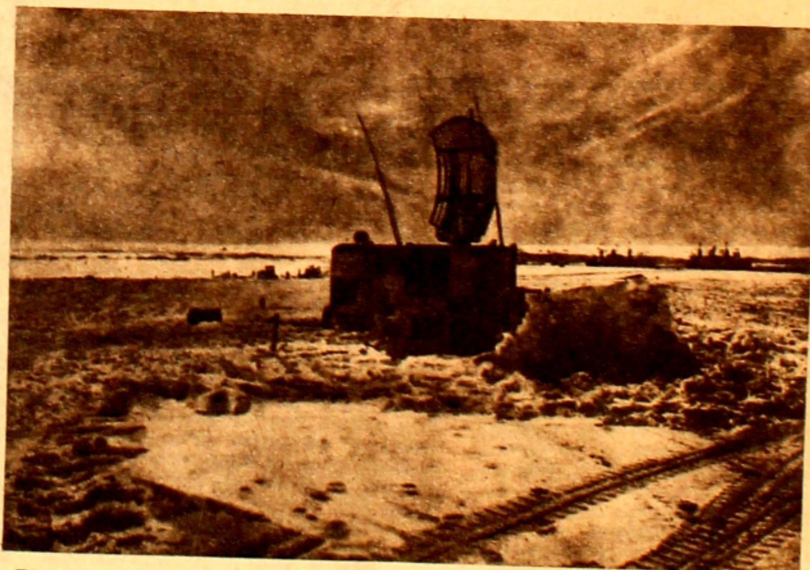
El gran "iceberg" que amenazó la seguridad del grupo central de la expedición. Esta vista aérea de la bahía de Wales fué tomada en la mañana del 24 de enero de 1947, seis días después que los barcos del grupo central del Almirante Byrd habían entrado a la bahía y atracado contra la barrera de hielo de Ross para descargar los abastecimientos a la base de la Pequeña América, señalada en la nota por una flecha. Al advertir el "iceberg" el capitán del "Mount Olympus" comprendió su amenazante potencialidad, y ordenó a los buques "Yancey" y "Merrick" a buscar refugio seguro. La mole de hielo derivó finalmente hacia occidente, y los barcos pudieron volver al atracamiento. Tres días más tarde un fuerte viento del Noroeste puso de nuevo el bloque en movimiento y los tres barcos hubieron de abandonar nuevamente la posición.

UN CONTINENTE ANTARTICO SIN HIELO



El "Mount Olympus", buque insignia de la expedición, atracando al muelle de Washington. D. C.

No hace mucho se reveló que la expedición del Almirante Byrd al Continente Antártico, a la cabeza de 4.000 hombres y trece buques, realizó, entre otros deslumbrantes descubrimientos, la revelación de un Continente sin hielo, que es el que reproducimos fotografiado en estas páginas. Un vuelo a través del gran glacial de 700 millas en dirección Sureste, descubrió montañas de 3.000 y de 5.000 metros de altitud, y el avión debió tener, sin duda, grandes dificultades para ganar altura y escalar esa barrera. Uno de estos picos, seguramente nunca fotografiado ni hoyado por el hombre, se ve en una de las fotografías. Este oasis tiende a confirmar la teoría de Sir Douglas Mawson de que una barrera continuá de montañas corre a través del Continente Antártico desde el cabo Adare hasta la tierra de Graham. Pero lo que da un interés creciente a estas revelaciones es el descubrimiento de una costa de sesenta y cinco millas libres de hielo en la tierra de Ingrid Christensen, y dos oasis libres de hielo cenagoso, con lagos verdes y agua cálida.



El radar guio a los aviones de reconocimiento fotográfico para volver a la base de Pequeña América, cerca de la bahia de Whales. Desde aquí se mantenía un contralor sobre todas las máquinas voladoras, dentro de un radio de 30 millas de la base. En primer plano un muro de contención para proteger a la dotación del radar de los fuertes vientos fríos; al fondo dos buques de aprovisionamiento.

Un oasis sin hielo. Cerca de la costa de Ingrid Christensen, fué descubierta esta región de verdes lagos donde el agua es marcadamente más cálida que en ninguna otra parte del Antártico. El capitán Bond que voló sobre él, informó de su aspecto barroso y verdoso, señalando que no advirtió ninguna evidencia de actividad volcánica. Un hidro descendió para recoger muestras del agua de los lagos, con el propósito de que los hombres de ciencia procedan a practicar las investigaciones del caso.



El capitán Scott pasó por aquí en 1903. La banda oscura de las colinas es probablemente arenisca, y las señales en las rocas coloreadas fueron descritas por Scott como comparables a las hojas de otoño, por su brillantez. Fué sobre esta terrible desolación, ahora atravesada por aviones, que Scott y su pequeño grupo lucharon con trineos en su última expedición hacia el Polo Sur.



Esta montaña sin nombre, que sobrepasa los 3000 metros de altitud, fué fotografiada por un avión, mientras volaba cerca del monte Markhan, en la tierra Victoria. Es el pico más alto que ningún otro de los fotografiados hasta ahora.



Una escena caricaturesca de lo que era la tunantería fin de siglo.



Los niños terribles, y los terribles papás del 900.



Modelos de elegancia antigu



El bañero heroico, cargado de medallas por sus salvatajes.



Desfile de modelos más o menos genuinos.



Gracia ctual del cuerpo libre de ropajes inútiles, sobre altos coturnos.



Estudio de expresiones, bien elocuentes, ante el desfile de modelos.

LA FIESTA DE CANTE GRILL

EN el elegante parque de Cante Grill, de Punta del Este, se ha realizado uno de los tantos festejos programados por los veraneantes, y con su intervención como actores, evocando humorísticamente "los" y "las" bañistas de antes, y haciendo desfilar otros modelos de lo que se supone serán las bañistas del futuro, en cuanto a indumentaria. Naturalmente, pasearon sus abundantes ropajes las bañistas del 900, con trajes recargados de esclavinas y de cintas; y las del futuro, con solamente cintas pero sabiamente distribuidas. Es increíble lo que, a la perspectiva, le es posible tapar a una cinta.

La nota, risueña y animada, tuvo el interés de amenizar con notas de alegría las fiestas balnearias en una colaboración carnavalesca, muy atrayente e ingeniosa.



Una vista del parque de pinos.



Silueta de elegancia actual, con sandalias franciscanas.



La piscina de Cante Grill, en la que se realizó el desfile.

Los inventos inútiles

EN la sabrosa lengua medieval del "Troilus and Criseyde" de Chaucer, la palabra "iowken" significa lo más dulce y plácido de que pueden disfrutar los hombres: el sueño y el reposo. Trocado en "jouke" el vocablo llegó a América en las naves puritanas del siglo XVII y se mantuvo —como otras tantas reliquias del inglés isabelino— en ese extraño reservorio lingüístico que son en los Estados Unidos de hoy las montañas de Kentucky donde filólogos y estilistas acuden en frecuente cacería de arcaísmos. Pero con la misma intención irónica con que en algunas partes de Hispanoamérica el asesinato puede llamarse "perjuicio" o "travesura" y hay para denominar la cárcel en el idioma de los delincuentes las palabras más íntimas y familiares, el originario "iowken" metamorfoseado a través del tiempo en "jock" y "juke" y como si se contaminara del dinamismo de su tierra de adopción, vino a significar en Kentucky, precisamente lo contrario. El "jock joint" kentucoyano era la bulliciosa taberna donde acudían cada tarde los mineros y donde los tramos de coloreadas batallas y los altos quinqués que colgaban de las vigas, parecían en los días de jolgorio y trifulca la más inocente invitación a probar el alcance y buena calidad de los revólveres. —¿Qué usas tú: Colt o Smith & Wesson?, y la ventaja de cada marca, en ningún sitio se decidía mejor que en un "jock joint", las bien bebidas noches de sábado. Naturalmente que con el avance civilizador y el norteamericano ideal de uniformidad, las tabernas de Kentucky también se dulcificaron y ahora no deben diferir mucho de las más proletarias y humildes de Nueva York y Chicago donde el obrero equilibra su sed con su hambre: el vaso de wiskey con el sandwich o la lonja de tocineta. En cuanto al "juke" se ha industrializado, y lo recogen, precisamente, los "juke boxes", especie de fonógrafos automáticos de estructura paquidérmica y con la más espantosa capacidad de ruido que tenga hasta hoy ninguna máquina inventada por el hombre.

Creación de industrial ocioso, en 1941, pocos meses antes de Pearl Harbor, estas "juke boxes" o cajas de estrépito se difundieron con una intensidad que los difíciles años de guerra no presagiaban. Un documentado artículo del "New York Times" informó en días pasados que, por lo menos, funcionan y aturden en el territorio de la Unión más de 300.000 "juke boxes" las que rinden a sus propietarios un provecho económico líquido de doscientos treinta y dos millones de dólares cada año. Si el ruido es molesto, la ganancia es certera. Con las monedas de cinco centavos que se acumulan en las ranuras traganiqueles de dichos fonógrafos, se podría pagar el presupuesto de dos naciones hispanoamericanas como Venezuela y Perú. En esta zona de las Antillas de lengua hispana donde ya las peligrosas máquinas invaden los cafés populares, las playas privadas y todo sitio donde se aglomera público los "juke boxes" se llaman velloneras porque "vellón" es el castizo arcaísmo para nombrar la moneda americana de cinco centavos. Arreglos ulteriores permitirán que las "velloneras" —como pequeños tanques de la música— salgan a disparar su artillería y a empacharse, también, en Sur América de pesos argentinos, chilenos y colombianos; de sucres y bolívares, de cruceiros del Brasil. Ofrecen al hombre fatigado de estos días a más de una trampa eficaz para sus centavos —y hay ya el vicioso de la "vellonera" como existe el mascador de chicle— la empresa indefinible de triturar a Beethoven en tiempo de jazz y darles a los románticos "Nocturnos" un excitante ritmo de "sones" afro-cubanos. Máquina sintética de este laberinto espiritual en que vivimos, la "vellonera" pide ahora la colaboración del cine y a medida que suena el disco a todo volumen, se proyecta en los cristales frontales del armatoste, una escena de cabaret.

En estos engendros de la industria que si logran muchas cosas útiles se prodigan también en cosas inútiles, ya no importa tanto lo que la invención signifique o pueda ofrecer al hombre en ayuda y belleza, sino su mera posibilidad mercantil. El comercio por el comercio, también es un lema moderno. Y justamente porque ya se venden tantas cosas necesarias, resulta productivo lanzar las más supérfluas. Si hay algún escrupuloso dueño de café que respete la salud e higiene mental de sus parroquianos, acudirá al agente de los "juke boxes" a tentarlo con la instalación del nuevo paquidermo. Este —según la dialéctica del vendedor— ahorra de pagar una orquesta y, a diferencia del fonógrafo y la radio, se costea por sí misma, dejando extraordinario margen de ganancia. ¡Los doscientos treinta y dos millones que ya ha producido en los Estados Unidos! Y como millares de personas se guían por mero puro impulso de imitación y repetición, obedecen a todos los avisos y van mansamente a depositar sus centavos donde hay una máquina dispuesta a tragárselos, los "juke boxes" se multiplican y se hacen cada día más estruendosos y amazacotados.

Vista en la noche, cuando se ha disparado a toda resonancia, entre la luz artificial del café, el denso humo de los cigarrillos, el olor a col fuerte, a cerveza y a embutido de cerdo, la muy iluminada "vellonera" parece una monstruosa y surrealista hibridación de organillo, de caja registradora y hasta de panzudo jarrón pintarrajeado en el peor estilo de 1890. Naturalezas contrapuestas se suman, así, en la anómala constitución del engendro. Tiene la forma de su informidad. Porque acaso quedaba en el subconsciente de los inventores la imagen sentimental de los antiguos organillos, le dieron forma cuadrada pero lo abultaron a la altura del vientre y lo afirmaron sobre el suelo con pies de plantígrado. La pesadez física se corresponde con la pesadez espiritual. De la Caja Registradora tiene la exactitud crematística. "¡Musiquitas a mí!, venga antes el dinero" parece decirnos el artefacto. Por darla gratis y esperar lo que buenamente ofrecieran los transeúntes, el organillo no pudo superar su triste condición de instrumento bohemio, cantar en los arrabales pobres, y amigo de los niños y de los mendigos. La próspera vulgaridad de los "juke boxes" se ejemplariza en su ornamentación profusa e inútil, en los polícromos pegotes que evocan los peores jarros industriales de hace cincuenta años. Los manchones rojos y amarillos de que la caja está revestida, son ya el estrepitoso indicio de la música que puede ofrecer. Se piensa en el marinero borracho, en la mujerzuela embotada por el trasnocho, la mala vida y la propia debilidad mental; en tanta gente sin cabeza, sin vida interior ni rumbo que hacen lo que vieron hacer a otros seres iguales.

¿Habría que atribuir a capricho y ordinariez de alma de los inventores la fealdad y desarmonía de tales cajas o más bien —confirmando la teoría de Ortega— ellas expresan la "rebelión de las masas", el deseo de vulgarizarlo todo, de hacer de Beethoven o de Bach un contemporáneo del hombre estúpido que con ritmo de "juke boxes" emprende su danza regresiva de orangután?



DIBUJO DE FRANKLIN

Un significativo tema sería explicar el proceso de la música mecánica desde cuando aquellos finos artífices del rococó encerraron en sus cajitas primorosas los más asordinados y confidenciales compases de una pastoral, deteniéndose en el fonógrafo edisoniano que ha cumplido, sin duda, una útil labor didáctica, pasando por la cursi pianola de hace veinticinco o treinta años para concluir, por último, en estas nuevas máquinas que destacan mejor su absoluta deshumanización y su propósito de anti-cultura, porque no se semejan ya a ningún otro instrumento musical conocido. Todavía la pianola —aparato filisteo, si los hay— reveló cierto pudor de ser puramente máquina; con un último melindre hacia la Cultura trataba de parecerse a un piano y aún dejaba a los sentidos un mínimum de matiz, un mínimum de tacto y delicadeza para fijar la diferencia entre quien movía el pedal con innata gracia y ritmo y quien sólo martilleaba en la forma más tosca el rollo de papel sonoro. La cursilería de la pianola estaba en un grado espiritual más alto que la jayanesca plebeyez de los "juke boxes". El cursi todavía reconoce que hay formas y valores espirituales más altos y trata de alcanzarlos con sus recursos de simple imitación; en cambio el hombre vulgar de hoy se asienta sobre su vulgaridad y rompe toda jerarquía en una especie de nuevo matonismo arrogante y belicoso. Los "juke boxes" son ejemplarmente, las máquinas del hombre frustrado. Y acaso no sean las masas las que se rebelaron e impusieron los cánones de su ignorancia, sino la Industria que juzgando cada vez a los clientes más infelices, lo simplifica todo, lo primitiviza todo hasta crear estos nuevos hábitos de retroceso moral y estético. Renunciando a todo ritmo, el pobre homúnculo, rodeado de máquinas, descubre una nueva orgía del estruendo y del alarido.

Otro problema sociológico colindante es el que llamaríamos del "invento inútil". Se descubrieron, por ejemplo, las leyes y combinaciones acústicas que originaron el fonógrafo y cumplido ya el proceso de empleo social de la invención, el genio diabólico del comercio fué engendrando nuevos modelos. Se agotaba ante la máquina la primera impresión de sorpresa intelectual, y la propaganda y los pequeños cambios de forma, aseguraban la contínua demanda comercial del producto. El hombre de hoy pone el mayor orgullo en que la máquina que posea sea de 1946 y no de 1945. Porque no tiene tiempo para analizar, nuestra época es la que adquiere y consume mayor cantidad de objetos inútiles. Son juguetes para el hombre adulto que parafraseando al catecismo no "adquirió uso de razón". La carrera hacia la "novedad", la actitud infantil de quedarse lelo ante todo mamarracho mecánico que se nos ofrezca, se convierte en la tiranía de lo superfluo. Puede faltar comida y hasta buena cerveza en la taberna, pero nunca falta el "juke box". No consideramos que vivimos y nos distraemos sin penetrar cada noche en una sala de cine y —lo que es peor— sin depositar algunas monedas ante esos Moloch de abiertas fauces mecánicas que nos devolverán, en cambio, en chicles y grajeas nuestro horóscopo impreso o Chopin en ritmo de son afro-cubano. La vida de los contemporáneos se llena de lo que André Gide llamaría "actos gratuitos", simple imitación de lo que los demás hacen, impulsos en los que no participa la conciencia. Vamos a las cosas como el perro del sabio Paylov: por mero reflejo condicionado. Y como los más cultos o de conciencia más exigente son los menos, para la industria que nos nutre de corbatas de colores absurdos, de películas, de novelas policiales y de "juke boxes" la minoría es casi una rémora comercial. Así una bella palabra de Chaucer con que se nombraba la calma, el sueño y la contemplación ha podido cargarse del significado contrario.

Cuando escribo estas líneas la "vellonera" de un negocio vecino dispara contra la dulce noche antillana su artillería de ruidos. Pienso que la joven máquina mastodonte cuya carrera comercial sólo se inicia no ha invadido todavía en forma apreciable a las ciudades de Sur América. Añoro algunos simpáticos cafés de Buenos Aires (Florida, calle Santa Fe, Sarmiento y 9 de Julio, Avenida Mayo) donde todavía, a pesar de la multitud, uno dialogaba con los amigos y amigas. Recuerdo otros cafés de Caracas, de Bogotá, de Santiago de Chile donde las discusiones de políticos y poetas todavía prevalecen sobre el estruendo mecánico. Necesito advertir del peligro. Y si alguna vez fuera parlamentario en mi país, no hay duda que auspiciaría una ley que gravase con un mil por ciento ad-valorem en el arancel aduanero, a todo artefacto inútil de esos que en vez de ayudar al hombre petrifican y dan categoría a las expresiones más rudimentarias de la tosquedad humana. ¡Que se fastidien los falsos inventores, los malos epígonos de Edison, para que vivan en paz, sueñen y piensen los pocos hombres que conservan un residuo de recogimiento y de vida interior! A más de que los "juke boxes" ya no se pueden llamar un invento: son la aplicación degenerada con fin de atrapar centavos y corromper el gusto, de un antiguo descubrimiento técnico que de las manos y el cerebro del inventor, pasó al comercio más voraz y humanamente irresponsable.

Mariano PICON SALAS
(Venezolano)

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

ROBO MISTERIOSO























